



El forastero misterioso

Mark Twain

Traducción de Susana Carral

Ilustraciones de N. C. Wyeth

Un invierno de 1590 un extraño personaje llega por sorpresa a Eseldorf, una aldea de Austria. Se llama Satán y es capaz de hacer cosas prodigiosas. El forastero misterioso no tardará en poner patas arriba a todo la vecindad, y no sólo por sus espectaculares obras sino también por su empeño en ridiculizar la condición humana, para él mucho más salvaje que el mundo de los animales. Con un derroche de imaginación que traspasa la frontera de la literatura fantástica, Mark Twain se ríe de los ritos religiosos y de la crueldad social mediante un humor ácido y provocador, mucho más amargo del que utilizó en la mayoría de las obras que le han hecho famoso. Considerado uno de los títulos más satíricos y mordaces de su autor, Twain encargó a su albacea literario que *El forastero misterioso* no se publicara hasta después de su muerte. La primera edición no apareció hasta 1916 y supuso un acontecimiento literario, gracias también a las ilustraciones al óleo del gran artista N. C. Wyeth que acompañaban al texto. Todas ellas han sido recuperadas a color en este volumen.

NOTA DEL EDITOR

NO FUE FÁCIL la vida de Samuel Langhorne Clemens (Florida, Missouri, 1835 – Redding, Connecticut, 1910), a quien el mundo conoce como Mark Twain. Huérfano de padre desde los 12 años, tuvo que abandonar los estudios para ponerse a trabajar como aprendiz de tipógrafo. Las imprentas le animaron a escribir y el río Misisipi le ofreció un montón de historias que contar —sobre todo durante su etapa como piloto de un barco de vapor—, entre ellas *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), sus dos obras más universales.

Gracias a estas novelas se convirtió en un clásico de la literatura y en un excelente humorista, capaz de sacar el aspecto cómico a cualquier situación, y de enfrentarse a la vida con un optimismo a prueba de cualquier contrariedad, como por ejemplo la pérdida de la Guerra de Secesión, en donde luchó como soldado confederado.

Si fracasaba como maderero o minero se hacía periodista, y si el dinero no alcanzaba para llegar a fin de mes se lanzaba a dar conferencias por su país y por medio mundo. Inasequible al desaliento, durante un año escribió diariamente cartas de amor a Olivia Langdon —su querida Livy—, hasta conseguir que ella aceptara casarse con él en 1870.

Sólo Livy y la familia que formó con ella pudieron con este atleta del optimismo. Dos años antes de cumplir los 60, una mala inversión lo dejó en la ruina. Por esa misma época su hija Susy murió de meningitis, su mujer se quedó inválida y otro de sus hijos falleció a causa de un descuido del propio Twain; nunca se lo perdonó a sí mismo.

Inmerso en el desánimo conoció por primera vez el pesimismo en toda su dureza, lo que le llevó a sentir una profunda aversión hacia la especie humana. Su humor se tornó tan negro que dio instrucciones para que lo que entonces salía de su pluma no se publicara hasta después de su muerte. Y su amigo y albacea literario, Albert Bigelow Paine, se encargó de que su voluntad se cumpliera a rajatabla.

Fue en 1916, seis años después de la muerte de Twain, cuando Paine decidió que ya había llegado el momento de dar a la imprenta *El forastero misterioso*, una novela satírica y mordaz en la que la especie humana constantemente sale malparada en comparación con los animales. La protagoniza un ángel llamado Satán, que siente la misma consideración por los hombres que por las cucarachas.

La publicación póstuma de esa obra *maldita* impidió que su autor corrigiera las pruebas de impresión, por lo que se deslizaron en el texto leves descuidos estilísticos que Susana Carral ha querido reflejar en su traducción, sin abusar de la paciencia de los lectores pero respetando el espíritu del original. El descuido del autor se evidencia también en un par de gazapos que la traductora ha localizado y anotado puntualmente.

Estos detalles no empañan la calidad de *El forastero misterioso*. Su presentación ante el público supuso todo un acontecimiento literario en Estados Unidos, como prueba que la primera edición, impresa en Nueva York por Harper & Brothers, incorpora ilustraciones a color de Newell Convers Wyeth (1882 - 1945), discípulo de Howard Pyle y uno de los artistas plásticos norteamericanos más relevantes del siglo XX.

Los trabajos al óleo de N. C. Wyeth han recreado las principales novelas de clásicos como Robert Louis Stevenson —entre ellas *La isla del tesoro* y *La flecha negra*—, James Fenimore Cooper —*El último mohicano*— y Daniel Defoe —*Robinson Crusoe*—. Los bibliófilos las buscan incansablemente a través de las reimpressiones que Charles Scribner's Sons realizó durante los años ochenta y noventa, mejorando las técnicas de reproducción de las primeras ediciones.

Por desgracia, Harper & Brothers, actualmente HarperCollins, no ha vuelto a ofrecer una versión actualizada de las pin-

turas de Wyeth para *El forastero misterioso*, por lo que nos hemos visto obligados a trabajar a partir de las reproducciones de la edición príncipe de 1916, a veces fuera de registro o ligeramente brumosas debido a las limitaciones de los sistemas de fotomecánica e impresión de aquella época, muy superados por las técnicas actuales.

El resultado no es el óptimo, pero ha sido la única manera de ofrecer por primera vez en España estas ilustraciones de N. C. Wyeth —cuya calidad supera cualquier obstáculo—, que hace casi un siglo acompañaron a la novela de



N. C. Wyeth, en una foto de 1920.

Mark Twain en su primera aparición ante los lectores.

EL EDITOR

CAPÍTULO I

FUE EN 1590, en invierno. Austria se hallaba alejada del mundo, y dormida; allí aún reinaba la Edad Media y prometía seguir haciéndolo eternamente. Algunos hablaban incluso de siglos de retraso y decían que, según su reloj espiritual y mental, Austria seguía inmersa en la Edad de la Fe. Pero lo decían a modo de cumplido, no como insulto, y así era aceptado y todos nos sentíamos muy orgullosos. Lo recuerdo muy bien, a pesar de que sólo era un niño; también recuerdo el placer que me producía.

Sí, Austria se hallaba alejada del mundo, y dormida, y nuestra aldea se encontraba en medio de aquel sueño, porque estaba en el centro de Austria. Dormitaba tranquila en la profunda intimidad de un aislamiento montuoso y arbolado, donde las noticias procedentes del resto del mundo casi nunca llegaban a perturbar sus sueños; y era infinitamente feliz. Por delante de ella fluía el manso río: en su superficie se dibujaban las nubes y los reflejos de las arcas y las dragas; por detrás ascendían las boscosas pendientes hasta la base del elevado precipicio; desde lo alto del precipicio un enorme castillo observaba severo, con su largo tramo de torres y baluartes enmarañado de enredaderas; más allá del río, una legua a la izquierda, había una desordenada extensión de colinas cubiertas de bosques, hendidas por tortuosos desfiladeros en los que nunca penetraba el sol; y a la derecha, un precipicio dominaba el río, y entre éste y las colinas se desplegaba una amplia llanura, salpicada de pequeñas fincas encajadas entre huertos y árboles que daban sombra.



Eseldorf era un paraíso para nosotros, los niños.

Toda la región, varias leguas a la redonda, era propiedad hereditaria de un príncipe, cuya servidumbre mantenía siempre el castillo en perfectas condiciones de habitabilidad, pero ni él ni su familia se acercaban allí más de una vez cada cinco años. Cuando lo hacían, era como si hubiese llegado el amo del mundo, trayendo consigo todo el esplendor de su reino; y al marcharse, dejaban atrás una calma similar al sueño profundo que sucede a una orgía.

Eseldorf era un paraíso para nosotros, los niños. No nos molestaban demasiado con la educación escolar. Se nos formaba, principalmente, para ser buenos cristianos; para venerar a la Virgen, la Iglesia y los santos por encima de todo. Aparte de esos asuntos, no se nos pedía que supiéramos gran cosa; mejor dicho, no se nos permitía. El conocimiento no era bueno para las personas corrientes: podían sentirse descontentas con la suerte que Dios les había re-

partido, y Dios no toleraría el descontento con sus planes. Teníamos dos sacerdotes. Uno de ellos, el padre Adolf, era un clérigo muy entusiasta y vehemente, tenido en gran consideración.

Es posible que, en algunos aspectos, haya habido mejores sacerdotes que el padre Adolf, pero en nuestro municipio jamás se le tuvo a otro tanto respeto y de forma tan solemne. Y se debía a que no temía al Demonio en absoluto. Era el único cristiano que yo he conocido del que pudiera decirse eso sin mentir. Por ello, la gente le tenía pavor: pensaba que debía haber algo sobrenatural en él, pues de lo contrario no podría ser tan audaz y estar tan seguro de sí mismo. Todos los hombres muestran su persistente rechazo al Demonio, pero lo hacen con respeto, no con ligereza; sin embargo, la actitud del padre Adolf era muy diferente: le atribuía cualquier nombre que su lengua fuera capaz de pronunciar, y todo aquel que lo escuchaba se estremecía; a menudo incluso hablaba con desdén de él y se burlaba; entonces la gente se santiguaba y desaparecía rápidamente de su presencia, temiendo que pudiera ocurrir algo terrible.

En realidad, el padre Adolf se había encontrado cara a cara con Satán más de una vez, y lo había desafiado. Era algo que se sabía. Lo contaba el propio padre Adolf. Nunca había querido guardarlo en secreto, sino que lo refería abiertamente. Y al menos existía una prueba de que contaba la verdad, ya que en esa ocasión discutió con el enemigo e, intrépido, le lanzó su botella: allí, sobre la pared de su estudio, quedaba el rojizo manchurrón, donde se había roto al chocar.

Pero era el padre Peter, el otro sacerdote, al que todos queríamos más y del que más nos compadecíamos. Algunos lo habían acusado de decir, en medio de una conversación, que Dios era todo bondad y encontraría la forma de salvar a los hombres, sus pobres hijos. Manifestar eso era algo terrible, pero jamás hubo una prueba irrefutable de que el pobre padre Peter lo hubiera dicho; además, decirlo

no parecía propio de él, porque siempre era bueno, discreto y sincero. No se le acusó de haberlo dicho en el púlpito, donde toda la congregación podía oírlo y testificar, sino sólo afuera, charlando; y eso para el enemigo es fácil de inventar. El padre Peter tenía un enemigo, y de los poderosos, el astrólogo, que vivía en una vieja y ruinosa torre, en lo alto del valle, y se pasaba las noches estudiando las estrellas. Todo el mundo sabía que era capaz de predecir guerras y hambrunas, aunque eso no fuese tan difícil, porque siempre había una guerra y, generalmente, hambruna en algún sitio. Pero también sabía leer la vida de cualquier hombre, utilizando las estrellas, en un libro enorme que tenía, y además encontraba los objetos perdidos; por eso todo el mundo en la aldea, excepto el padre Peter, se sentía intimidado ante él. Incluso el padre Adolf, que había desafiado al demonio, mostraba auténtico respeto cuando lo veía atravesar nuestro pueblo con su gorro alto, puntiagudo, y su larga túnica suelta y cubierta de estrellas, en la mano su gran libro y un bastón que, según se sabía, tenía poderes mágicos. El propio obispo escuchaba a veces al astrólogo, o eso se decía, porque, además de estudiar las estrellas y profetizar, hacía gala de una gran piedad, algo que por supuesto impresionaba al obispo.

Pero el padre Peter no le daba importancia al astrólogo. Lo acusaba abiertamente de ser un charlatán, un farsante sin tipo alguno de conocimientos valiosos ni poderes que no fueran los de un ser humano corriente y bastante inferior; lo cual, naturalmente, hizo que el astrólogo odiase al padre Peter y deseara buscarle la ruina. Había sido el astrólogo, como creíamos todos, quien había dado origen al rumor relacionado con el escandaloso comentario del padre Peter, y se lo había trasladado al obispo. Se decía que el padre Peter le había hecho el comentario a su sobrina, Marget; aunque Marget lo negó e imploró al obispo para que la creyera y evitara a su anciano tío la pobreza y el escándalo. Pero el obispo no la escuchó. Suspendió de sus funcio-

nes indefinidamente al padre Peter, aunque no llegó hasta el extremo de excomulgarlo por el testimonio de un único testigo. Y así el padre Peter llevaba ya dos años sin ejercer, y nuestro otro sacerdote, el padre Adolf, se ocupaba de su rebaño.

Habían sido años duros para el anciano sacerdote y para Marget. Antes todos los tenían en gran estima, pero eso cambió cuando el ceño fruncido del obispo les hizo sombra. Muchos de sus amigos se alejaron totalmente de ellos, y los demás se volvieron fríos y distantes. Cuando surgió el problema, Marget era una encantadora joven de dieciocho años con la mejor cabeza de la aldea. Enseñaba a tocar el arpa y con su trabajo ganaba el dinero necesario para sus gastos y su ropa. Pero sus alumnos habían ido marchándose uno a uno; la olvidaban cuando se celebraban bailes y fiestas entre la juventud de la aldea; los muchachos dejaron de pasar por su casa, todos excepto Wilhelm Meidling, que podía haberse ahorrado las molestias; el tío y ella se sentían tristes y desdichados en su abandono y su deshonra, y la alegría desapareció de sus vidas. Durante aquellos dos años, las cosas habían ido de mal en peor. Tenían las ropas desgastadas y el pan resultaba cada vez más difícil de conseguir. Y ahora sí que había llegado el fin. Solomon Isaacs, que había ido prestándoles dinero con la casa como aval, les había avisado de que, al día siguiente, ejecutaría el préstamo.

CAPÍTULO II

ÉRAMOS TRES AMIGOS que siempre estábamos juntos —y lo habíamos estado desde la cuna—, porque nos llevábamos bien desde siempre y el afecto había ido creciendo a medida que pasaban los años: Nikolaus Bauman, hijo del juez más importante del tribunal local; Seppi Wohlmeyer, hijo del dueño de la posada más importante, *El ciervo de oro*, con un bonito jardín de árboles frondosos que llegaba hasta la ribera del río, donde había barcas en alquiler para pasear; y yo era el tercero, Theodor Fischer, hijo del organista de la iglesia, que también era el director de los músicos de la aldea, profesor de violín, compositor, recaudador de impuestos del municipio, sacristán, y ciudadano útil en varios aspectos, respetado por todos. Conocíamos los montes y los bosques tan bien como los pájaros, porque vagábamos por ellos siempre que teníamos tiempo libre; al menos cuando no estábamos nadando, paseando en barca, pescando, jugando en el hielo o deslizándonos cuesta abajo.

Y teníamos libre uso de los jardines del castillo, algo que muy pocos tenían. Se debía a que éramos los preferidos del criado más anciano del castillo, Felix Brandt; y a menudo íbamos allí por las noches para que nos hablase de los viejos tiempos y de cosas extrañas, para fumar con él (nos había enseñado), y para tomar café; porque había servido en las guerras y participado en el asedio de Viena; y allí, cuando los turcos habían sido vencidos y expulsados, entre los objetos capturados encontraron bolsas de café, y los prisioneros turcos les explicaron qué era y cómo se con-

vertía en una bebida agradable, por lo que ahora siempre tenía café, tanto para beberlo como para asombrar a los ignorantes. Cuando había tormenta nos dejaba pasar allí toda la noche; y mientras en el exterior tronaba y relampagueaba, él nos hablaba de fantasmas y horrores de todo tipo, de batallas, asesinatos, mutilaciones y cosas de esas, haciendo que el interior nos pareciera agradable y acogedor; y lo que contaba procedía, en buena parte, de su propia experiencia. Había visto muchos fantasmas en su vida —y brujas y magos—, y en una ocasión se perdió en medio de una tormenta devastadora, de noche y en la montaña, y al resplandor del rayo pudo ver la ira del Cazador Salvaje, imparable, con sus perros espectrales corriendo tras él entre la enorme masa de nubes. También había visto un incubo y, varias veces, había divisado al gran murciélago que chupa la sangre del cuello de las personas mientras duermen, abanicándolas suavemente con sus alas, lo que las mantiene somnolientas hasta que mueren.

Nos animaba a no temer lo sobrenatural, como los fantasmas, y nos decía que no hacían daño, que vagaban porque se sentían solos, afligidos y querían que les hiciéramos caso, buscaban nuestra compasión. Con el tiempo aprendimos a no tener miedo, e incluso bajábamos con él, por la noche, al aposento encantado de las mazmorras del castillo. El fantasma sólo apareció una vez: se paseó muy tenue, flotando silencioso en el aire, y luego se desvaneció; pero nosotros casi no temblamos, así de bien nos había enseñado. Nos contó que, a veces, por las noches, el fantasma subía a su zona del castillo y lo despertaba pasándole la mano, fría y húmeda, por el rostro, pero que no le hacía daño; sólo buscaba comprensión y respeto. Aunque lo más curioso de todo era que había visto ángeles —ángeles de verdad, de los del cielo— y había hablado con ellos. No tenían alas, llevaban ropa, y hablaban y se comportaban como cualquier persona normal; resultaría imposible reconocerlos como ángeles de no ser porque hacían cosas excepcionales

que los mortales no podían: por cierto, desaparecían de repente mientras se hablaba con ellos, otra de las cosas que un mortal no puede hacer. Nos contó que eran simpáticos y alegres, no deprimentes y melancólicos, como los fantasmas.

Después de pasar una noche de mayo charlando de estas cosas, nos levantamos al día siguiente, desayunamos con él, salimos del castillo, cruzamos el puente, y ascendimos las colinas de la izquierda, hasta llegar a una cima boscosa que era uno de nuestros lugares preferidos; allí nos tumbamos en la hierba, a la sombra, para descansar, fumar, y hablar de esas cosas extrañas, porque aún seguían en nuestras cabezas y nos tenían impresionados. Pero no podíamos fumar porque, en nuestro descuido, habíamos olvidado la piedra de chispa y el metal.

Pronto apareció un joven caminando tranquilo hacia nosotros entre los árboles; luego se sentó y se puso a hablar muy simpático como si lo conociéramos. Pero no le contestamos, porque era un forastero y nosotros, que no estábamos acostumbrados a los forasteros, desconfiábamos de ellos. Vestía ropa nueva y de buena calidad, era apuesto, poseía un rostro encantador y una voz agradable, y se le veía natural, elegante y desenvuelto, no torpe, desgarrado y retraído, como los demás muchachos. Queríamos ser amables con él, pero no sabíamos cómo empezar. Entonces me acordé de la pipa y me pregunté si interpretaría el hecho de ofrecérsela como una muestra de cortesía.

Pero recordé que no llevábamos fuego, y me quedé triste y decepcionado. Sin embargo, él me miró, alegre y contento, diciendo:

—¿Fuego? Eso es fácil; yo os lo proporcionaré.

Me quedé tan asombrado que no pude ni hablar; porque yo no había dicho nada. Cogió la pipa y sopló su aliento sobre ella: el tabaco se puso al rojo y de él surgieron espirales de humo azul. Nos pusimos en pie, dispuestos a salir corriendo, que era lo normal; de hecho, corrimos unos

pasos, a pesar de que él nos pedía con ternura que nos quedásemos y nos daba su palabra de que no nos haría daño alguno, que sólo quería ser amigo nuestro y estar acompañado. Así que nos detuvimos, con ganas de volver, llenos de curiosidad y asombro, pero temerosos de arriesgarnos. Él continuó persuadiéndonos, con esas maneras suaves y convincentes; y cuando vimos que la pipa no saltaba por los aires —que no pasaba nada—, recuperamos la confianza poco a poco, hasta que la curiosidad fue más fuerte que el miedo y nos atrevimos a volver; aunque despacio y dispuestos a salir huyendo al primer motivo de alarma.

Estaba empeñado en tranquilizarnos, y sabía cómo hacerlo: resultaba imposible permanecer indeciso y asustadizo con una persona tan sincera, sencilla y sutil, que hablaba tan seductoramente como él; no, nos conquistó, y no pasó mucho tiempo antes de que nos sintiéramos satisfechos, cómodos, habladores y contentos de haber encontrado aquel nuevo amigo. Cuando la turbación hubo desaparecido por completo, le preguntamos cómo había aprendido a hacer algo tan extraño, y nos contestó que no lo había aprendido, que era algo innato en él, al igual que otras cosas... otras cosas curiosas.

—¿Qué cosas?

—Algunas; no sé cuántas.

—¿Nos dejarás ver cómo las haces?

—¡Sí! ¡Por favor! —dijeron los otros.

—¿No volveréis a salir corriendo?

—No, claro que no. Por favor, ¿lo harás?

—Sí, encantado; pero no olvidéis vuestra promesa.

Le dijimos que no lo haríamos, y él se acercó a un charco y regresó con un poco de agua en una taza que había hecho con una hoja; sopló sobre el agua y la lanzó fuera, convertida en un trozo de hielo con la forma de la taza. Estábamos asombrados y encantados, pero ya no teníamos miedo; nos alegrábamos de estar allí y le pedimos que continuase, que hiciera más cosas. Y lo hizo. Dijo que nos facili-

taría cualquier tipo de fruta que quisiéramos, estuviese en temporada o no. Todos hablamos a la vez:

—¡Naranja!

—¡Manzana!

—¡Uvas!

—Las tenéis en los bolsillos —nos dijo; y era verdad. Además, eran de las mejores; nos las comimos y deseamos tener más, aunque nadie lo dijo en alto.

—Las encontraréis donde encontrasteis las otras —dijo —, y todo aquello que vuestro apetito requiera; no es necesario que nombréis lo que deseáis: mientras yo esté con vosotros, sólo tendréis que desearlo y aparecerá.

Y era verdad. Nunca hubo nada tan asombroso e interesante. Pan, pasteles, dulces, frutos secos, cualquier cosa que quisiéramos, aparecía. Él no comía nada, sólo se sentaba y charlaba, haciendo una cosa curiosa tras otra para divertirnos. Con arcilla, modeló una ardillita de juguete que salió corriendo árbol arriba, se sentó en una rama por encima de nuestras cabezas y empezó a reñirnos. Luego creó un perro —no mucho más grande que un ratón— que puso en un aprieto a la ardilla, saltando alrededor del árbol, ladrando alterado, tan vivo como cualquier otro perro. Asustó a la ardilla, la obligó a saltar de árbol en árbol y la siguió hasta que los dos se perdieron de vista en el bosque. Hizo pájaros de arcilla y los liberó: se fueron volando, cantando.

Por fin, reuní valor suficiente para preguntarle quién era.

—Un ángel —dijo, como si nada; liberó otro pájaro, dio unas palmadas y lo hizo volar.

Nos quedamos sobrecogidos al oírle aquello, y volvimos a sentir miedo; pero nos dijo que no debíamos asustarnos, que no tenía sentido recelar de un ángel y que, además, le caíamos bien. Continuó charlando con la misma sencillez y naturalidad de siempre; y mientras hablaba, fabricó una multitud de hombres y mujeres pequeñitos, del tamaño de un dedo, que se pusieron a trabajar diligentes y limpiaron y nivelaron un espacio de un par de metros cuadrados en la